

Rafael Sánchez Ferlosio
*Vendrán más años malos
y nos harán más ciegos*



«Vendrán más años malos y nos harán más ciegos; vendrán más años ciegos y nos harán más malos». Con estos versos inicia Rafael Sánchez Ferlosio este libro de aforismos, misceláneas, poemas, desafíos y felices invenciones, poco apto para mentalidades sumarísimas, corrosivo antídoto contra vetusteces, moderneces y sucedáneos fundamentados en el tiempo y en la necedad. Sus palabras nos llegan con fuerza desafiante y un estilo que está determinado por la falta de deliberación de quien *toma apuntes* durante treinta y cinco años sin pensar en publicarlos, resolviéndose sólo a dar pequeñas selecciones de los que tenían «cierto tono literario».

En la palabra se manifiesta la salud de la razón, o su enfermedad, el escritor se sirve del lenguaje para la disección de conceptos, modas, ritos y refranes. El empeño es grande porque toda historia, toda visión encierra alguna trampa, y acaso el niño que osó decir que el emperador estaba desnudo, estaba pagado por el propio emperador. Aun así, y sin afán moralizante —aunque con el tono sardónico del que aprendió a ver sin caerse del caballo—, Sánchez Ferlosio reconoce el existir en ese despertarse cada noche, a la misma hora, golpeado siempre contra las mismas piedras, por los mismos demonios y en las mismas llagas. Reconoce ese existir, y nos lo cuenta. Cruda y desnuda memoria, sin agüeros buenos o malos.

Prólogo

(Campana vespertina.)

Vendrán más años malos
y nos harán más ciegos;
vendrán más años ciegos
y nos harán más malos.

Vendrán más años tristes
y nos harán más fríos
y nos harán más secos
y nos harán más torvos.

Lo más sospechoso de las soluciones es que se las encuentra siempre que se quiere.

*

Babilonios somos; no nos vuelva la tentación de levantar ninguna torre juntos. Más bien ¡dejémonos ya de una vez por imposibles los unos a los otros, como buenos hermanos!

*

(*Justanaturalismo y darwinismo.*) Siempre le echáis la culpa a los zapatos, pero mal hechos también lo están los pies. Ni la justicia despachándose por naturaleza, ni —menos todavía— la naturaleza convalidándose por justicia.

*

Naturaleza y civilización... Pero, decidme: ¿qué es más naturaleza: un león persiguiendo a un antílope en el Parque Nacional de Tanganika o un gato persiguiendo a una rata bajo la luz de los faroles junto a la interminable pared del matadero?

*

Sólo aquella que corre gravísimo peligro de pasar inadvertida es una verdadera novedad. Por eso Herodes, que alguna experiencia tiene del asunto, extiende diariamente a la totalidad del censo su orden de degüello. El instrumento de ejecución es el periódico.

*

No ha de extrañar que el ánimo en que me pone la mañana sea, cada día más decididamente, el de correr en el acto a presentar mi dimisión irrevocable. Pero no puedo darme tal satisfacción, porque no existe el organismo idóneo para una dimisión como la mía.

*

(E.T.) El mundo se nos va volviendo tan ajeno y tan inhóspito, que pronto seremos los hombres, los terrestres mismos, los que mirando y señalando al planeta más remoto digamos: «¡Mi casa! ¡Mi casa!».

*

(*Acción testimonial.*) La comunicación ha alcanzado tal volumen y tanta prepotencia, que la noticia pesa muchísimo más que lo notificado. Las noticias son más hechos, hacen u ocurren enormemente más que los hechos mismos de los que dan cuenta. Por eso, a espaldas de la *noticia que hace*, se ha desarrollado, como por contrapunto, la *acción que dice*. La acción que sólo dice, o sólo quiere decir, la que se llama «acción testimonial», no pocas veces cruenta, es el reverso monstruoso de la no menos monstruosa prepotencia de la noticia que hace.

*

(*Diosas.*) Entre dos grandes bestias, no sé cuál más feroz, Naturaleza e Historia, se agolpa, despavorida, la progeñie humana.

*

Pero, al igual que sus más primitivos ancestros, sigue alzando por dioses, rindiendo aterrado culto y ofreciéndoles sacrificio apotropaico, a sus más insondables y mortales enemigos. Así adora por madre a la inhumana bestia de la Naturaleza y por maestra a la cruenta bestia de la Historia.

*

(*Moral de perfección y moral de identidad.*) Conforme a la moral de perfección, el movimiento de la bondad cambia al sujeto en cada una de sus obras, le hace ser otro, nuevo, mejor y diferente cada vez. Ser bueno aparejará, entonces, dejar de parecerse a sí mismo, al menos un poquito cada día. En consecuencia, ya el mero seguir siendo idéntico a sí mismo es ser peor que uno mismo. Y complacerse en ello es abyección.

*

(*Apócrifo del Bautista.*) «Pero tú, Juan, no eres el mesías», pensaba Herodes en lo alto de la torre; «Tú lo has dicho, Herodes, no lo soy», le contestaba Juan desde la profundidad de su mazmorra. «Ten cuidado, Juan, que tú no eres el mesías», murmuraba Herodes entre las voces de los comensales; «En efecto, Herodes, no lo soy», le susurraba

Juan entre el crujir de sus cadenas. «Tú, Juan, no eres el mesías», volvió a decir Herodes por tercera vez; la cabeza cortada, en la bandeja de oro, ya no le respondió.

*

En vano, al norte, al sur, al este y al oeste recorrerás el bosque hasta la noche; sólo da con el árbol aquel que, como el Buda, va a sentarse a su sombra para siempre.

(Seguidilla.)

Caminito de Elea
va una tortuga,
con veinticinco siglos
en sus arrugas.

Zenón me llamo;
si veis venir a Aquiles,
que apriete el paso.

No hay nada que pueda impresionarme tan desfavorablemente como el que alguien trate de impresionarme favorablemente. Los simpáticos me caen siempre antipáticos; los antipáticos me resultan, ciertamente, incómodos en tanto dura la conversación, pero cuando ésta se acaba se han ganado mi aprecio y simpatía. Ese viajero que dice «Buenas noches», al entrar en el compartimiento del vagón; que apenas alza los ojos, sin interés alguno, a la comparecencia de viajeros nuevos, que no vuelve a despegar los labios hasta llegar a su estación, para decir: «Que tengan ustedes buen viaje», suscita en mí la convicción —probablemente tan arbitraria como injusta— de que en un choque o un descarrilamiento se portaría del modo más heroico y más socorredor, mientras que el dicharachero, que no ha parado en todo el viaje de hablar y de reír, de entablar relación con todo cristo, y no digamos si —¡horror!— hasta contando chistes por añadidura, me impone, en cambio, la más absoluta certidumbre de que no podría dar, en igual trance, sino el más bochornoso espectáculo de histeria y cobardía. La simpatía es un arcaísmo de quienes creen, quieren creer o necesitan fingir que hay todavía un medio, un ámbito de vida pública, en el que los hombres pueden allegarse en algún grado, de manera directa y espontánea, los unos a los otros. La antipatía es resistencia y repugnancia a simular y escenificar —abyectamente— un mundo que no existe.

*

Sin embargo..., ¡oh, sin embargo!, parecen adivinarse aquí y allá dispersas, débiles, inciertas huellas de que ha habido, de que ha podido haber, o por lo menos ha querido haber, alguna vez, un mundo.

*

«Casi» y «Algo», nombres de dos cadáveres que yacen en el fondo del barranco.

*

«Es por el beso, no por las monedas.» Así dice en el árbol del ahorcado.

*

«No me quiere; tal vez no es Melibea... ¡Claro que es Melibea! Lo que le pasa es que yo no soy Calixto.»

*

Todo pura comedia: ni la cigarra era feliz cantando ni la hormiga necesitaba para nada el trigo almacenado, por necesidad cantaba la primera, por necesidad se afanaba la segunda.

*

(*A la manera de Ramón.*) Tan sólo el rótulo de la estación dice de veras el nombre de la ciudad; lo demás son citas, más o menos fieles, de ese único documento original.

*

Conviene recordar que las incomprendidas torres de ladrillo de Aragón se erigieron a raíz de un levantamiento de

la albañilería contra la arquitectura, y el gusto de mirarlas se acrecienta —aunque, a decir verdad, tal vez a costa de hacerse algo bastardo— imaginando la rabia y el horror que le producirían al pétreo y aplastante Buonarroti.

*

En Pisa no veréis torre ninguna, porque el campo que ri-ge y en que se constituye toda obra arquitectónica, el ámbito en que cobra figura toda torre, es el espacio sujeto a la ley de la gravedad, y el único ademán capaz de hacerla torre y hacérsola presente como torre es el aplomo. A quien sí, en cambio, se ve es a Galileo, y tan intencionada y peligrosamente columpiado en aquellos más altos balaustres de la parte que está mirando al suelo, que no parece sino que la torre, vencida de expectación y reverencia ante el gran experimento, acaba de inclinarse para siempre por el solo peso de aquel sabio rey de la ley de la gravedad.

*

(*Caserón de pueblo.*) Aunque no era posible adivinar ni descifrar el porqué de tan insólita organización de puertas y ventanas, se imponía, sin embargo, la certeza de que tenía que haber alguno, pues la fisonomía de la fachada no hablaba ni de azar, ni de rutina, ni de arbitrio, ni de estética, sino que componía el semblante inconfundiblemente intencionado de la razón práctica.

*

Cualquier naturalismo radical vendría a tropezarse a cada paso con la perturbadora caja de guitarra de la significación: cuando aspirase a coordinarse con la fotografía, la

descripción verbal tendría que renunciar a nombres como «siempreviva» o «madreselva», a fin de que el paisaje no lo hiciese más la propia palabra que la cosa. Todo el que escriba o simplemente diga «en un pequeño chalet del extrarradio», no deberá ignorar que el extrarradio difícilmente llegaría a saberse paraje tan tremendo si le faltase tan tremendo nombre. Lugares hay, en fin, donde uno diría que se pasea más por los nombres mismos, que tan enfáticamente los consagran, que por calles o plazas o arrabales: en Sevilla, la Alameda de Hércules; en Córdoba, el Campo de la Verdad, y en Madrid, la Costanilla de los Desamparados.

*

(*Estaciones para un ferrocarril de vía estrecha americano.*) Puntas Álvarez, Chozas Nevadas, Yacuacá, Morenas, El Peligro, La Encontrada, Batallón, Benito Cárdenas, Renteros, Cruzalobos, Corrales de Don Jacinto, San Antonio de Bohí, Minaquemada, Garrido, Garridito, La Rayana, Cerro Fusiles, Santa Cruz de Araracha.

*

El que quiera mandar guarde al menos un último respeto hacia el que ha de obedecerle: absténgase de darle explicaciones.

*

La voz más pobre se hace siempre la más autoritaria: no consiguiendo ya ser entendida, tiene que resignarse a no ser más que obedecida.

*

Aquel que en última instancia se halla siempre dispuesto, si es preciso, a no vacilar en imponer su autoridad más valdría que desistiese ya desde el principio de querer empezar por intentar ser escuchado. Si en el límite está la violencia, todo el resto es ya también violencia.

*

(*El espíritu universal monta a caballo.*) La galerna del viejo Yavé volvió a tronar. El último y más pavoroso ataque de soberbia del sangriento e iracundo borracho del Sinaí se llama Historia Universal. Hegel fue su profeta: disfrazado de lechuza vespertina, era, en verdad, halcón anunciador de nuevos y más mortíferos amaneceres.

*

(*Imble, 1.*) Nadie logra meterme tanto espanto como esos que gustan de decir con una espeluznante complacencia: «Es un proceso ab-so-lu-ta-men-te i-rre-ver-si-ble». Toda esa serie de palabras que empiezan por *in* y terminan por *ble*: irreversible, imprescriptible, inalienable, inamovible, inmarcesible, irrenunciable, inexorable, ineluctable, etcétera, ¿no sé qué especie de lívida oscuridad pretende convocar en derredor de todo el horizonte, sulfurando la atmósfera de tanta malevolencia y amenaza! No se diría, en verdad, sino que todas ellas quieren al fin decir una y la misma cosa, cual si hubiesen nacido de una única palabra, que se multiplicó en ejército para rodearnos y aterrorizarnos.

*

(*Imble*, 2.) Ante esa forma tan especial de detenerse a espaciar silabeando la palabra i-rre-ver-si-ble tal vez lo que sospechamos en su boca no sea sino el sabor de la íntima y tenebrosa complacencia con lo fatal, en la medida en que ésta les permite sentirse relevados del valor de plantar cara a la imponente hueste del destino y exonerados de empuñar la espada de la responsabilidad de lo posible.

*

(*Do not disturb*.) Quien dice que hay que estar a la altura de los tiempos o ir con el signo de los tiempos, sabiendo que nadie puede sustraerse a la servidumbre de tener que sufrirlos y aguantarlos, está movido al cabo por un temor rastrero que le impulsa a evitarles a los tiempos hasta una mala cara, un gesto de impaciencia, o aun el más leve ruido que les turbe el sueño; como el gerente de un hotel de lujo, servilmente aterrado ante la posibilidad de la más pequeña queja por parte del millonario americano, se afana sin descanso para que todos, unánimemente, sonrían a los tiempos, tal vez para evitar que alguien acabe induciendo en él la turbación de empezar él mismo a sospechar de ellos y de su autoridad, lo cual podría ser la fatídica señal que desatase finalmente la instrucción de la causa, cuya urgencia ya está clamando al cielo, del proceso a los tiempos, es decir, a la Historia Universal.

*

El niño que osó decir «El emperador está desnudo», ¡ay!, acaso también estaba pagado por el propio emperador.

*

Lo que el mono tendría que aprender para hacerse un artista del trapecio lo sabe hasta el más lisiado de los espectadores y lo que el hombre tiene que aprender para lo mismo lo sabe hasta el menos listo de los monos.

*

Problema biológico: si teniendo la rendija el ancho de diez ratones han pasado por ella diez ratones, ¿cuántos ratones pasarán teniendo aquélla el ancho de un ratón?

Solución: diez ratones.

*

Si la cabeza cortada, que, como una piedra más, rueda hacia el mar por la empinada ladera pedregosa, acelerándose en rebotes cada vez más largos, pudiese, antes de ahogar su voz en el fragor y en la espuma de las olas que han de estrellarla contra el acantilado, gritar el nombre de la amada, no cabe duda de que lo gritaría, sin hacerse cuestión de la inutilidad de malgastar así su aliento postrimero.

*

(A la manera de Heráclito.) El lugar más pacífico y más bello, desde donde la cúpula del día se ve como el interior de un cráneo iluminado que piensa en la verdad, es también una suave, pequeña y aislada colina de topógrafo, no distinta de aquella en la que, por una bien colocada e ina-